



EVANGELIO DEL DIA

¿ Señor, a quién iremos?. Tú tienes palabras de vida eterna. Jn 6, 68

jueves 11 Septiembre 2014

Jueves de la vigésima tercera semana del tiempo ordinario

Carta I de San Pablo a los Corintios 8,1b-7.11-13.

Hermanos:

El conocimiento llena de orgullo, mientras que el amor edifica.

Si alguien se imagina que conoce algo, no ha llegado todavía a conocer como es debido;

en cambio, el que ama a Dios es reconocido por Dios.

En cuanto a comer la carne sacrificada a los ídolos, sabemos bien que los ídolos no son nada y que no hay más que un solo Dios.

Es verdad que algunos son considerados dioses, sea en el cielo o en la tierra: de hecho, hay una cantidad de dioses y una cantidad de señores.

Pero para nosotros, no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y a quien nosotros estamos destinados, y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo existe y por quien nosotros existimos.

Sin embargo, no todos tienen este conocimiento. Algunos, habituados hasta hace poco a la idolatría, comen la carne sacrificada a los ídolos como si fuera sagrada, y su conciencia, que es débil, queda manchada.

Y así, tu, que tienes el debido conocimiento, haces perecer al débil, iese hermano por el que murió Cristo!

Pecando de esa manera contra sus hermanos e hiriendo su conciencia, que es débil, ustedes pecan contra Cristo.

Por lo tanto, si un alimento es ocasión de caída para mi hermano, nunca probaré carne, a fin de evitar su caída.

Salmo 139(138),1-3.13-14abc.23-24.

Señor, tú me sondeas y me conoces,

tú sabes si me siento o me levanto;

de lejos percibes lo que pienso,

te das cuenta si camino o si descanso,

y todos mis pasos te son familiares.

Tú creaste mis entrañas,
me plasmaste en el seno de mi madre:
te doy gracias porque fui formado
de manera tan admirable.
¡Qué maravillosas son tus obras!

Sondéame, Dios mío, y penetra mi interior;
examíname y conoce lo que pienso;
observa si estoy en un camino falso`
y llévame por el camino eterno.

Evangelio según San Lucas 6,27-38.

Jesús dijo a sus discípulos:

«Yo les digo a ustedes que me escuchan: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian.

Bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman.

Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; al que te quite el manto, no le niegues la túnica.

Dale a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se lo reclames.

Hagan por los demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes.

Si aman a aquellos que los aman, ¿qué mérito tienen? Porque hasta los pecadores aman a aquellos que los aman.

Si hacen el bien a aquellos que se lo hacen a ustedes, ¿qué mérito tienen? Eso lo hacen también los pecadores.

Y si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan a los pecadores, para recibir de ellos lo mismo.

Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio.

Entonces la recompensa de ustedes será grande y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los malos.

Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso.

No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados.

Den, y se les dará. Les volcarán sobre el regazo una buena medida, apretada, sacudida y desbordante. Porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes».

Comentario del Evangelio por :

Juan Taulero (c. 1300-1361), dominico en Estrasburgo

Sermón 39, domingo 4º después de la Trinidad

“Una medida generosa, colmada, remecida y rebosante”

Nuestro Señor menciona cuatro tipos de medidas que se le darán al hombre: una medida generosa, una medida colmada, una medida remecida y una medida rebosante [...] Comprended primero lo que es una buena medida. Consiste en que el hombre cumpla la voluntad de Dios, viva según sus mandamientos y los de la santa Iglesia [...], que practique los sacramentos y sienta el dolor de sus pecados [...], que ame a Dios y a su prójimo [...] He aquí una vida verdaderamente cristiana [...]; podemos llamarlo lo estrictamente necesario [...] Cuando el hombre se inicia en la vida espiritual, se propone buenas prácticas exteriores, tales como oraciones, sacrificios, ayunos y otras formas particulares de devoción. Luego, esta es la medida colmada que se le da, a saber un ejercicio interior e íntimo, por el cual el hombre pone todo su celo en buscar a Dios en lo más profundo de su ser, porque es allí donde está el Reino de Dios (Lc 17,21). Hijos míos, esta vida es muy diferente de la primera, como correr es diferente de estar sentado. [...]

Viene luego la medida remecida: es el amor desbordado. Este amor lo da todo, todas las buenas obras, toda la vida, todo el sufrimiento. Lleva en su vaso todo el bien que se hace en el mundo, por parte de todos los hombres, buenos o malos [...]; todo está en la caridad [...] El amor absorbe todo el bien que se encuentra en el cielo, en los ángeles y los santos, los sufrimientos de los mártires. Atrae hacia sí todo lo que hay de bueno en todas las criaturas del cielo y de la tierra, donde una gran parte se pierde o por lo menos parece que se pierde; la caridad no lo deja perder. [...]

Viene luego la medida desbordante. Esta medida está tan plena, es tan abundante, tan generosa que se desborda por todas partes. Nuestro Señor toca con un dedo el vaso y enseguida se desborda de dones muy por encima de su capacidad [...] Todo se esparce, se pierde en Dios y se hace uno con Él. Dios se ama a sí mismo en estos hombres, opera todas sus obras en ellos [...] Así es como la medida de los corazones desbordantes se difunde por toda la Iglesia.

servicio brindado por el Evangelio del Día, www.evangeliodeldia.org